

053. El Dios todo hermosura

Al decirnos el apóstol San Juan que *veremos a Dios tal como es El*, ¿qué es lo primero que se nos ocurre? Precisamente esto: que al entrar en el Cielo nos vamos a encontrar con un Dios tan bello, tan hermoso, tan maravilloso, que nos va a sacar fuera de nosotros mismos. Nunca, nunca nos cansaremos de contemplar a Dios, aunque la eternidad sea tan larga, tan larga que no acabará jamás. Porque la hermosura de Dios será siempre nueva y siempre nos abrirá nuevos horizontes, de modo que nuestro pasmo del primer instante durará siempre, siempre...

San Agustín, que se convirtió a sus treinta y tres años, tiene esta exclamación dirigida a Dios, tan sentida y tantas veces repetida en la Iglesia: *¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé!...* En estas palabras vemos retratado nuestro error cuando nos dejamos arrastrar por bellezas caducas, pasajeras, que no dejan nada detrás de sí; pero también nos vemos retratados en nuestros anhelos más profundos de encontrarnos con una belleza perenne, que permanezca siempre, que nos entusiasme, que nos apasione y que lleguemos a amar con locura.

¿Cómo será el Dios que veremos cara a cara? Nos es imposible el imaginarlo. Es una belleza totalmente distinta de la que nuestros ojos contemplan en la creación. Sin embargo, Dios ha puesto en la naturaleza cosas tan hermosas que, al mirarlas, instintivamente nos elevan a la hermosura eterna del mismo Dios.

Es lo que percibió una de esas almas grandes, la esposa de un rey alemán, cuando se hallaba ya en el lecho de muerte. Contemplaba en un radiante día de primavera las altas montañas llenas de verdor, y exclamó entusiasmada: *Vengo de un país hermoso, y voy a otro más hermoso aún* (María, de Maximiliano de Baviera)

Ver las cosas hermosas que encierra la naturaleza y no elevarse a Dios es tener embotados los sentidos del espíritu. Por el contrario, admirar la belleza de la creación y entusiasmarse es tener el alma muy fina, muy sensible y muy apta para la oración. Los ejemplos los tenemos abundantes.

Un **San Pablo de la Cruz**, que se paseaba por el campo, y al ver las flores las tocaba con el bastón, y les reclamaba con lágrimas en los ojos: *¡Callad, callad, que ya os entiendo! Si vosotras sois tan hermosas, ¿cómo no será de hermoso mi Dios que os ha creado!*

Un **Beato Contardo Ferrini**, el ilustre abogado, que se paseaba por los museos y, al admirar las obras de los mayores artistas, se olvidaba de la Tierra para subirse al Cielo: Y así, nos cuenta: *¡Cuántas veces me sentí impulsado a un amor inefable hacia Dios al encontrarme en los museos de las grandes capitales de Europa!* Si los hombres son capaces, con la asistencia de Dios, de realizar tales maravillas, ¿qué no será el mismo Dios que las inspira?...

Santa Catalina de Génova, en una visión que se ha hecho célebre, contempló una belleza muy superior, como es la de un alma en la gracia divina. Dios se la mostró, y decía después: *Si no supiera que no hay más que un solo Dios, yo pensaría que lo es esta alma.*

Santa Teresa de Jesús vio la mano de Jesús que se la alargaba, y salió fuera de sí. La consecuencia que sacaba después, era la más natural: ¿Qué será contemplar en el Cielo al Señor en todo el esplendor de su gloria, a Dios en toda su hermosura?

San Juan de la Cruz, en una poesía inigualable, nos describe a Jesús, imagen visible del Dios invisible, que pasaba por los parajes del mundo, y, *yéndolos mirando, con sola su figura, vestidos los dejó de su hermosura...*

San Agustín ha expresado esto como nadie, en un párrafo que se nos cita tantas veces: - *Pregunta a la belleza de la tierra, pregunta a la belleza del mar, pregunta a la belleza del cielo..., y escucha cómo te responden todas las cosas bellas: ¡Sí, mira qué hermosas somos! Su belleza es una verdadera confesión. Y estas cosas tan hermosas, pero pasajeras, ¿quién las ha hecho sino el que es totalmente Hermoso?...*

¿Sabemos lo que significa la consideración de la Hermosura de Dios? A poco que discurremos sobre ella, sacamos unas consecuencias muy valiosas para nuestra vida espiritual.

La primera es que nos infunde un anhelo constante del Cielo. ¿Sospechamos lo que nos espera cuando veamos a Dios?... Un poeta cantaba así: *De que mire las estrellas — no estés celoso, mi Dios, — que quiero perderme entre ellas — para encontraros a Vos* (Verdaguer)

Esta consideración sobre la Hermosura de Dios se convierte en una fuente inagotable de inspiración para nuestra oración, conforme a la palabra de tantos salmos: *Cuando contemplo el cielo, obra de tus manos, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él?... Mi alma está sedienta de ti, Dios mío* (Salmos 8 y 62)

Cualquier persona con alma fina no se cansa de hablar con Dios y pronto le vienen ganas insaciables de ver a ese mismo Dios, de modo que no se le caen de los labios las palabras del salmo: *¿Cuándo llegaré a ver el rostro de Dios!...*

Además, pensar en la Hermosura de Dios hace que nuestra vida en la Tierra se asemeje mucho a la del Cielo.

Porque todas las cosas bellas nos hacen pensar en la belleza eterna de Dios, y esa belleza que adivinamos de Dios la vemos reflejada en todas las cosas hermosas que vemos. Una mujer bonita, un joven gallardo, no son precisamente unos seres que nos aparten de Dios; sino, todo lo contrario: mirados con ojos limpios, ¿quién no se ve arrastrado a la belleza y al amor de un Dios que se nos quiere dar para colmar las ansias infinitas de nuestro corazón?...